

nes excepcionales en sus trilogías psico-críticas: "La lucha contra el demonio", (Hölderlin, Kleist, Nietzsche); "Tres maestros", (Balzac, Dickens, Dostoievsky); "Tres poetas de su vida", (Stendhal, Casanova, Tolstoi),...

Y es por el portal de esas vidas que tan incisivamente analiza S. Zweig, por donde yo iría penetrando en las obras mismas de esos autores. Luego, lógicamente, seguirían otros: clásicos y contemporáneos.

Ha pasado más de medio siglo desde que aquella buena señora puso en mis manos el instrumento que despertó en mí la afición por la literatura. Por la edad que ya entonces tenía, no es probable que hoy se halle entre nosotros. En cualquier caso, siempre tendrá, como Miguel, mi recuerdo y gratitud.

## AQUELLOS OJOS QUE NO COMPRENDIAN

Una visita al Taj-Mahal, Agra (India), Octubre de 1991

Me había desplazado a la India en viaje profesional y aproveché para hacer algo de turismo, incluyendo una incursión de un par de días por el hermoso valle de Kulú en el Himalaya hindú. No obstante, mi gran interés, mi verdadero deseo era Agra, el "Taj-Mahal", con el que llevaba soñando años, muchos años...

Al llegar al pórtico por el que se penetra en el recinto, es como si se levantase el telón: la escenografía excede a toda suposición imaginativa del espectador. La blancura del Taj-Mahal es absoluta sobre un fondo índigo, ligeramente dorado. El más hermoso y monumental mausoleo erigido al amor surge de repente, etéreo, en una perspectiva que te deja atónito. Construido todo él en mármol blanco es la pura "síntesis del arte indo-musulmán". Taj-Mahal significa "sueño de mármol".

El Taj-Mahal es uno de los monumentos más célebres del mundo. Desde luego, ningún otro tiene un origen más apasionado y admirable: el sha Jehan, en edad juvenil, siendo todavía príncipe, se casó con la hermosa Arjumand Banú. La leyenda insiste: "era blanca, negra de cabos, tenía los ojos garzos y en forma de almendra, la voz más dulce que la más dulce melodía. Arjumand Banú murió sin conocer las magnificencias de reinar, y le dejó al esposo, preso siempre del mayor amor por ella, nueve hijos. (De hecho murió a consecuencia de un parto). A cientos, a miles de hermosísimas mujeres poseyó después el sha Jehan; pero ninguna pudo hacerle olvidar la pasión de su juventud. El recuerdo maravilloso lo tenía embrujado. Y para perpetuarlo quiso levantar un monumento sorprendente, que cobijase el pequeño cadáver de la mujer preferida, amada viva y amada muerta con inaudita constancia".

Sin embargo, cuando la Directora de este Espacio/Ibercaja me invitó a participar en "Pinceladas" con alguna colaboración y empecé a buscar en mi memoria, no fue, en un primer momento, el recuerdo del Taj-Mahal en sí mismo, a pesar del impacto de su fascinante belleza, ni los supuestos ojos garzos y almendrados de Banú lo que acudió a mi mente, sino la imagen de otros ojos, decenas de ojos negros, grandes, dulces, apaciblemente expresivos, implorantes y que no comprendían.

La oficina central en Nueva Delhi de la fábrica que había ido a visitar en el Punjab, al norte de la India, puso a mi disposición un coche y un chófer cuando manifesté mi deseo de visitar Agra, unos 200 kms. al sur de Nueva Delhi.

Al llegar al exterior del recinto, no lejos del pórtico de entrada, el chófer me advirtió que cuando descendiera del vehículo no diera limosnas a los niños que se me acercarían. Le miré interrogativamente. "Será mejor si no lo hace", me insistió. Hice un gesto dubitativo. De todos modos le di las gracias por su indicación y descendí. Él quedaba esperándome.

Inmediatamente se acercaron algunos niños -muy niños- alargando sus manos. Eran pocos. Siguiendo la recomendación, caminé unos pasos sin hacer ademán de entregarles algo. Me siguieron unos instantes pero se iban quedando atrás al no obtener resultado. Me detuve y volví la vista hacia ellos.

"¿Por qué no debía darles algunas rupias que además llevaba preparadas en dos o tres fajitos?" A cada paso mi conciencia era más acusadora. Puse la mano en el bolsillo y les di a los que aún me seguían. En aquel instante sólo eran cinco o seis. Sin darme cuenta, en segundos, estaba rodeado de un verdadero tropel de niños. No sé de dónde salieron; no los había visto... Levantaban sus manitas y sus ojos implorando. Repartí todas las rupias que llevaba pero, por supuesto, no llegaron a todos ni de lejos. No podía seguir avanzando, aunque se comportaban de manera muy pacífica. Cuando se me acabaron, hice gestos una y otra vez a los que no les había tocado, en el sentido de que ya no tenía más. Era inútil. Sus manos y sus ojos seguían alzados hacia mí, sobre todo sus ojos... ¡aquellos ojos! De pronto creí entender: a pesar de mis expresiones de no disponer de más, no comprendían, no podían comprender por qué sus compañeros tenían uno de aquellos billetes y ellos no. En su mente infantil no entraba esa diferencia...

Por fin pude llegar al pórtico donde un telón imaginario se alza para dar paso al gran decorado, al gran espectáculo, y al que ellos ya no tenían acceso. Los ojos de aquellos niños que no habían recibido sus rupias se entremezclaban en mi mente, de forma casi obsesiva, con las imágenes del Taj-Mahal que ya tenía ante mí, en la grandiosa perspectiva y en cada rincón. Veía la silueta del hermoso monumento enmarcado en un arco de morenos rostros infantiles con mirada triste pero apacible que seguían sin comprender. Y tras las delicadas celosías del interior eran aquellos mismos ojos los que mi retina seguía viendo..., no los almendrados ojos de Arjumand Banú!

*René Alquézar*